



© Ricardo Bosque, 2010

© Ricardo Bosque

Todos los derechos de los textos aquí contenidos así como de la presente edición electrónica corresponden a Ricardo Bosque. Queda terminantemente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra en otros medios sin el consentimiento expreso del autor. Se permite la libre distribución y difusión de este fichero electrónico siempre y cuando se distribuya sin alterar su contenido original y no se omita la fuente y autoría del mismo.

Índice

1. Remover el pasado
2. Idénticos
3. Aïcha
4. Lentitud administrativa
5. Páginas amarillas
6. El hombre invisible
7. Mar y Sol
8. Un mal día lo tiene cualquiera
9. Yogures
10. Cataratas
11. Máxima rentabilidad
12. En clave de sol
13. Nunca cambiaré

Remover el pasado

El tipo de la inmobiliaria me esperaba en su oficina a las once y media. De allí al notario había cuatro pasos. Firma de escrituras, entrega de llaves a cambio de un talón por un importe de ochenta kilos y otros veinte no declarados –para ciertas cantidades todavía no consigo expresarme en euros– y dentro de un año la singular casa de mi padre se habría transformado en un bloque de apartamentos como otro cualquiera en primera línea de playa.

Aquella era la casa en la que yo nací cuarenta años atrás y el último vínculo que me quedaba con el pueblo. Ni mi padre ni mi madre tenían hermanos, a mis abuelos no llegué a conocerlos y yo soy hijo único, así que en lo sucesivo nada me obligaría a volver por allí, pues mis amigos actuales no son ni mucho menos los que tuve en la infancia. Incluso me atrevería a reconocer que no fui capaz de hacer demasiados amigos cuando era un crío. Pero parecía obligado realizar una visita antes de desprenderme del último de mis recuerdos juveniles. Salvo en un par de ocasiones aisladas en que mi padre me había llamado por no encontrarse bien –en realidad fueron ocasiones en las que se encontraba bastante mal y me llamaba a mí porque no tenía nadie más a quien recurrir–, no había pisado la casa desde hacía catorce años. Ni siquiera tras el entierro fui capaz de acercarme y ver si todo estaba como lo recordaba. Sólo la llamada telefónica del agente de la inmobiliaria y su tentadora oferta económica me animó a volver de nuevo al pueblo.

La casa seguía protegida por unos enormes pinos que impedían el paso de la luz a su interior y que, cuando era un crío, a duras penas consentían dejarme ver el mar desde la ventana de mi dormitorio. Esos pinos serían historia pocos meses más tarde, pues el principal argumento de venta de la promotora que iba a edificar allí sería precisamente el de las maravillosas vistas de las que el propietario podría disfrutar mientras se tomaba unas cervezas en la terraza de su apartamento de poco más de cuarenta metros cuadrados.

Empujé la cancela con los oídos dispuestos a escuchar el clásico sonido chirriante inherente a las verjas antiguas, pero giró sobre sus goznes sin emitir

un solo quejido, como si mi padre la hubiese engrasado la tarde anterior.

Hacía tres meses que había fallecido y su ausencia de la casa se notaba en la hojarasca que se adueñaba del jardín en el que pasé tantos años. Mi padre siempre optó por la sencillez y nunca quiso plantar césped alrededor de la vivienda, sólo tierra prensada, gravilla en algunas zonas y unos cuantos macizos dispersos de flores y distintas variedades de cactus. A la derecha de la casa, el cobertizo en que guardaba las herramientas con las que se entretenía en las pequeñas chapuzas domésticas: el pico y la pala que jamás le vi utilizar, una carretilla oxidada, una pequeña azada con el mango rajado, la manguera y un sinfín de trastos inútiles a juzgar por las telarañas que acumulaban. Y frente al cobertizo, el columpio. Mi columpio. El columpio que mi padre instaló cuando cumplí tres años. El columpio en el que pasé horas y horas, arriba y abajo, arriba y abajo...

Siempre había sido de un intenso color verde botella y seguía igual, como recién pintado. Sólo una visible capa de polvo denotaba que mi padre hacía tres meses que no le pasaba un paño por encima. Por lo demás se diría que un niño lo había utilizado hasta muy poco tiempo atrás, aunque no parecía razonable pensarlo: el último niño que jugó allí hacía muchos años que había abandonado la edad de balancearse en un cacharro como ése.

Me senté en el neumático que hacía las veces de asiento y, por su estado de conservación, comprendí que no podía ser el mismo que yo utilizaba de pequeño. Siempre me colocaba dando la espalda a la fachada lateral de la vivienda, pienso que porque quería tener a la vista la casa de la vecina como si sólo de ahí pudiera llegarme una hipotética amenaza. Todavía hoy sigo durmiendo de cara a la puerta de mi habitación.

Bajo mis pies seguía perfectamente trazado el surco que tantas horas me había costado labrar, con la salvedad de que ahora debía encoger ligeramente las piernas si no quería dejarme las suelas de los zapatos en la tierra. Me agarré con fuerza de las cadenas y comencé a darme impulso, esta vez sin que mi padre pudiera ayudarme con sus manos. Al momento fui consciente de lo ridículo que podía parecer a los ojos de cualquiera que pasase por la calle, a

pesar de que aquello resultase improbable dado que la temporada de playa había terminado hacía unas semanas y el paseo marítimo estaba desierto. Como siempre me había gustado a mí, sin las molestas aglomeraciones estivales.

Todavía sentado, no pude evitar alzar los ojos hacía la ventana del piso superior de la casa de al lado, la única casa antigua que, junto a la de mi padre, permanecía en pie en toda la calle. Y allí estaba ella, la vieja vecina huraña a la que, en alguna ocasión y con intención de desdramatizar, me refería como la madre de Psicosis. El resto del pueblo la llamaba, sencillamente, la viuda loca.

La vieja, por supuesto, también me miraba. Creo que, en toda su vida, la mujer no me había quitado la vista de encima ni por un instante. De hecho, en ese momento me pregunté qué podría haber estado mirando durante todos los años que el columpio permaneció vacío. Cohibido como en tiempos, bajé la mirada hacia el suelo, me levanté y, sin llegar a entrar en la casa, me dirigí a mi cita con la inmobiliaria. Cuanto antes terminase todo, mucho mejor.

Acababa de desayunar y me disponía a salir hacia la oficina cuando sonó el teléfono.

–¿Diga?

–Buenos días. Me gustaría hablar con el señor Montaner, Pablo Montaner.

–Sí, soy yo. ¿Qué desea?

–Soy el inspector Murillo, de Tarragona. ¿Podríamos vernos esta misma mañana?

No sé qué me sorprendió más, si el hecho de que un inspector de policía preguntase por mí o que pretendiera que me desplazase a Tarragona sin pérdida de tiempo. ¿Qué podía ser tan urgente y por qué en Tarragona?

–Bueno, pero ¿de qué se trata? Y comprenderá que me resulte imposible

acudir a verle: son más de dos horas de viaje y...

–Eso no es problema, yo mismo me encuentro ahora en su ciudad. Y dado que se trata de un tema delicado, preferiría que lo pudiéramos hablar en persona. Pero no se preocupe –añadió quizás imaginando mi estupor–, no es usted sospechoso de absolutamente nada, simplemente nos gustaría constatar unos datos y pedirle un favor que nos facilitaría bastante las cosas. Entonces, ¿podemos vernos esta mañana?

Resultaba evidente que, lo quisiera o no, nada me libraría de ser interrogado por Murillo. Y que no sabría lo que quería de mí hasta que nos viéramos, así que poco margen de decisión tenía. Quedamos en vernos una hora más tarde en mi propia casa, sesenta minutos en los que no pude pensar en otra cosa que no fuera la razón que me implicaba en una investigación policial.

El inspector Murillo se presentó a las nueve en punto. Resultó ser un tipo joven y de aspecto jovial, y mostraba una actitud que lanzaba el mensaje inequívoco de que nada debía preocuparme. Si no fuera porque se trataba de un policía al que no conocía de nada, se podría decir que era un amigo íntimo al que hiciera un tiempo que no veía. Le invité a pasar al salón y le ofrecí un café que aceptó gustoso.

–Bien, señor Montaner, comprendo que esté impaciente por conocer el motivo que me ha hecho viajar desde Tarragona, así que no me andaré por las ramas. Si no me han informado mal, era usted hasta hace unos meses el propietario de una casa en Punta del Mar, Tarragona –cabeceé asintiendo más confuso que al principio–; fue concretamente en octubre cuando vendió la finca a una inmobiliaria. ¿Voy bien?

–Perfectamente, sí. Era la casa de mi padre y a su muerte la heredé yo. Como no tenía intención de utilizarla y me hicieron una buena oferta decidí venderla. ¿Qué es lo que sucede ahora? Tengo toda la documentación en regla: escrituras de compraventa, declaración de impuestos y demás.

Comencé a sospechar que aquel inspector podía pertenecer a la Brigada de Asuntos Económicos o como quiera que se llame el departamento encargado de investigar ese tipo de asuntos. Pero ¿no era Hacienda quien se ocupaba de

esas historias? Aunque tal vez la inmobiliaria hubiera cometido algún fraude y, al revisar su contabilidad, hubieran encontrado algo respecto a un pago de veinte millones de difícil justificación. No pude evitar secarme el sudor de la frente con un pañuelo. Murillo se percató de mi nerviosismo.

–Le repito que no debe temer nada, lo que estamos investigando le incumbe como familiar, si bien no le implica en absoluto con lo sucedido –aclaró en un tono tranquilizador–. Con lo que pudiera haber sucedido, mejor dicho, que de momento no trabajamos sino con simples suposiciones. Como le iba diciendo, la promotora comenzó las obras con el derribo de la casa y la semana pasada iniciaron las excavaciones para cimientos y garajes. Pero tuvieron que detenerlas de inmediato al encontrarse con un pequeño imprevisto: dos esqueletos humanos enterrados en un lateral de la finca.

–¿Cómo? –pregunté y durante varios segundos fui incapaz de cerrar la boca.

–Lo que oye. Los restos fueron hallados a metro y medio de profundidad, cerca de un cobertizo; en concreto, según manifestó el encargado de la obra, debajo de un columpio que habían retirado unos días antes. Pero le repito que, al margen de lo desagradable que esto debe ser para usted, no tiene que preocuparse en absoluto: nadie sospecha de su implicación en los hechos, aunque tal vez su padre...

Derramé sobre la alfombra la segunda taza de café que me estaba sirviendo. ¿Qué coño me estaba contando aquel tipo? ¿que mi padre había enterrado a dos hombres en el jardín de su casa? ¿cuándo? ¿a quiénes? ¿por qué?

–Lamento de veras lo incómodo de la situación, pero no me quedaba otra salida que hablar con usted del asunto. Verá, si usted ha quedado descartado de inmediato se debe a que los cuerpos llevan enterrados, según el forense, entre treinta y cuarenta años. Usted era entonces demasiado joven para matar a nadie, tal vez ni siquiera había nacido; y tampoco podemos afirmar categóricamente que su padre tuviera algo que ver con la muerte de la pareja.

–Al decir pareja, ¿quiere decir que se trata de un hombre y una mujer?

Empecé a intuir cuál era la hipótesis de trabajo de Murillo y creo que mi

expresión me delató: también el inspector se daba cuenta de que ambos comenzábamos a pensar en la misma línea. No quiso jugar conmigo y decidió hacerme partícipe de sus reflexiones.

–Me da la sensación de que acaba de encenderse una bombilla en su cerebro, y créame que siento lo sucedido. Hay cosas que sería preferible dejar enterradas para siempre, y no estoy haciendo un macabro juego de palabras. Efectivamente, los cuerpos corresponden a un hombre y una mujer, ambos adultos y de mediana edad, tal vez poco más de treinta años. Mientras estábamos merodeando por el lugar del enterramiento, una vecina nos gritó desde la casa contigua que creía saber a quiénes pertenecían los restos. Y no pudimos sacarle nada más, porque cerró la ventana y no hubo manera de conseguir que nos recibiera en su casa. Así que no parece un testimonio muy fiable, la verdad es que no parece estar demasiado en sus cabales.

Palidecí. En un instante había dado un salto atrás en el tiempo de treinta y siete años, hasta el día en que papá me dijo que mi madre se había ido al cielo. Evidentemente, hay cosas que un crío de tres años no se cuestiona, y si tu padre te dice que mamá ha muerto, es que mamá ha muerto. Y si nunca te lleva al cementerio por los aniversarios de su nacimiento o fallecimiento para que no lo pases innecesariamente mal, amén gracias.

Unos años más tarde, quizás cuando tenía nueve o diez, me dio la versión correcta: mamá no había muerto, simplemente se había marchado del pueblo con otro hombre cuando yo era un niño. La maldije durante años, pues a partir de esa revelación supe que era ella la culpable de que los compañeros del colegio siempre cuchichearan a mis espaldas señalándome con el dedo, me llamaran hijo de puta sin que yo entendiera la razón y se burlaran de mí continuamente.

Y ahora, décadas después de todo aquello, llegaba un desconocido y me abría los ojos a una versión más cercana a la primera que a la segunda: mi madre yacía enterrada bajo el columpio y junto al individuo con el que, probablemente, ponía los cuernos a mi padre. Y todo por obra y gracia de un hombre que acababa de morir hacía pocos meses dejándome como legado una herencia

envenenada.

–Muy bien –dije con una impropia frialdad que no sé de dónde saqué–, y ahora, ¿qué pretende de mí? Me acaba de retrotraer a la España profunda y, de la noche a la mañana, mi padre se convierte en un asesino. ¿Qué quiere de mí?

El inspector sacó un cigarrillo y me pidió permiso para encenderlo. Aspiró una profunda bocanada y se sirvió una nueva taza de café ya frío.

–Vaya por delante que lo que le voy a pedir no es más que un favor que nos ayudaría a cerrar el caso antes, pues nos permitiría no abrir nuevas hipótesis que no nos han de conducir a ninguna parte. Pero comprendo que está en su derecho a negarse en el caso de que prefiera dejar las cosas como están. Los cuerpos serán enterrados en una fosa común a falta de una identificación fiable y la promotora continuará colocando ladrillos sin más.

–¿Qué quiere de mí? –repetí en tono cansino.

–¿Accedería a realizarse las pruebas de ADN? Si la mujer enterrada no es su madre trataremos de averiguar a quién pueden corresponder los huesos, aunque no creo que logremos nada; en el caso de que se trate de ella, nosotros cerramos el caso y usted conocerá la auténtica versión de lo sucedido. Siempre y cuando desee saberlo, claro está. Yo todavía estaré aquí hasta mañana y, si necesita más tiempo para pensarlo, llámeme a este número y le pondré en contacto con alguien de Jefatura –añadió tendiéndome su tarjeta.

Esa misma tarde fui a hacerme las pruebas. No tenía sentido posponer la decisión una semana y después un mes, pues tenía claro que al final querría saber si la mujer hallada bajo el columpio era mi madre. Además, Murillo se había comprometido a tratar de que, fuera cual fuera el resultado, nada de aquello trascendiera a la prensa. Tanto si debían seguir indagando como si cerraban el caso gracias a mi colaboración, él no me diría nada si no se lo

preguntaba expresamente. Conocer o no la verdad dependía exclusivamente de mí.

Los días siguientes fui incapaz de concentrarme en mi trabajo. Me encontraba en un permanente estado de ansiedad, indeciso entre hacer una llamada telefónica o dejar correr el asunto. Pasaron varios días así, más de los necesarios para que el laboratorio tuviera el veredicto que, sin duda, ya estaría sobre el escritorio de Murillo.

Me serví una copa. Encendí un cigarrillo y me senté junto al teléfono mientras jugueteaba con la tarjeta entre los dedos. Bebí la copa de un único trago y descolgué el auricular.

Aquella no era la extensión directa del inspector sino el número de la centralita. La llamada fue ascendiendo y descendiendo plantas por el interior del edificio mientras mi corazón se aceleraba al ritmo de los tonos de espera y se paralizaba en seco cada vez que alguien descolgaba un aparato. Al borde del infarto conseguí mi objetivo. Respiré profundamente antes de hablar.

–Inspector, soy Montaner. ¿Ha conseguido cerrar el caso?

–Sí, gracias desde luego a su colaboración. Créame que lo siento. Por cierto, ¿querrá hacerse cargo de los restos?

–Claro, claro, no había pensado en ello.

–Hay algo más que tal vez le interese saber.

–No se moleste, creo que sé a lo que se refiere.

Aunque no estaba seguro de querer hacerlo, decidí seguir mi impulso inicial, compré dos ramos de flores y me eché a la carretera. Dos horas más tarde estaba en el pueblo, pero antes de atravesarlo para llegar a mi antigua casa, tomé el desvío y me acerqué al cementerio. El mistral soplaba con fuerza. Busqué la tumba de mi padre y deposité sobre ella uno de los ramos sin

siquiera pensar una sola palabra.

Volví al coche, entré en el pueblo y aparqué lo más cerca posible de casa. Era sábado y los obreros guardaban fiesta. Ya no quedaba nada en pie y una valla de poca altura cerraba lo que ahora se había convertido en un solar lleno de escombros. A la derecha, en el lugar que había ocupado el columpio, una fosa más o menos rectangular, rodeada en todo su perímetro por una endeble rejilla de plástico de color naranja. Salté la valla sin prestar atención a si alguien me veía entrar de ese modo en la obra, me acerqué a la fosa y arrojé en su interior el otro ramo de flores en recuerdo de mis padres.

Alcé la mirada hacia la casa contigua. La vieja estaba, como siempre, asomada a la ventana del piso superior. Pero en esta ocasión no se mostraba huraña. Su mirada, por primera vez en toda mi vida, no pretendía intimidarme. Más bien se trataba de una mirada inquisitoria y preocupada. Con sus ojos me preguntaba si el secreto que mi padre y ella mantuvieron durante años estaba a salvo. Con los míos le respondí que no debía temer nada, que de mis labios no saldría una sola palabra acusatoria.

Si mi padre y la viuda loca habían decidido resolver un asunto de cuernos de ese modo, ¿para qué remover el pasado tantos años después?

Relato incluido en la antología *La lista negra. Nuevos culpables del policial español* (Salto de Página, 2009)

Idénticos

Sofía y Julián llevaban varios días leyendo el mismo libro; no, no simultaneaban la lectura de un mismo ejemplar, sino que ambos dedicaban sus ratos muertos a leer un mismo título. Y luego, mientras compartían unas cervezas, cambiaban impresiones sobre los personajes principales y secundarios, las situaciones a las que la autora les hacía enfrentarse, el ritmo trepidante de la narración... Ambos aprendieron poco a poco a apreciar el mismo tipo de cine, a escuchar el mismo género de música, a desarrollar idéntica pasión por la pintura. Llegaron a degustar los mismos licores cuando tocaba tomar copas, a saborear los mismos platos cada vez que el grupo salía de cena, a aislarse de la pandilla cuando la cena concluía.

Incluso llegaron a carraspear del mismo modo característico, a utilizar las mismas coletillas en sus frases y a frotarse las manos con una cadencia estudiada. Eso sí, cada uno se frotaba sus propias manos, que pocas veces fueron sorprendidos enlazando los dedos del otro.

Sí, ya sé que para ser mujer no demuestro una gran perspicacia, pero sólo me di cuenta de todo esto poco después de que Julián entrara en casa, el gesto serio, la mirada ausente, y me dijera que todo había terminado entre los dos, que llevaba varios meses viéndose a mis espaldas con Sofía –y no sólo cuando salíamos en grupo– y que debíamos separarnos. También me juró que no pretendía hacerme daño, que no me lo tomase tan a pecho. Simplemente, se había dado cuenta de que Sofía y él tenían muchas cosas en común.

Aïcha

*J'irai ou ton souffle nous mene,
dans les pays d'ivoire et d'ébène
J'effacerai tes larmes, tes peines,
rien n'est trop beau pour une si belle*

Aïcha (Cheb Khaled)

Para Anabel, a quien debo una canción

Mi nombre es Zeid y ya sólo espero que el viento no consiga arrastrar estas líneas, que la arena que debe acabar conmigo no oculte para siempre estas páginas que escribo en la que imagino será una de mis últimas noches de vida. Ahora sé que fue una temeridad por mi parte no obedecer al jefe de la caravana que me trajo hasta aquí, que nunca debí abandonar al grupo, que él tenía razón cuando decía que jamás podría alcanzarles de nuevo si me quedaba solo –incluso pronosticó que ni siquiera lo intentaría–, que la locura se enquistaría en mi cerebro cuando llevase varias jornadas a merced de los vientos del desierto. Pero todavía albergo la esperanza de contemplar, aunque tan sólo sea una vez más, a Aïcha. Anhele constatar que lo que viví hace ya casi dos semanas no fue un delirio, comprobar que llegué a ver realmente a Aïcha. Sólo entonces podré morir sin temor.

La luna es mi única compañera en estos momentos, pues hace horas que incluso he dejado de escuchar el silencio de la vida nocturna que se desliza por las arenas del Sahara. Sólo la luna, mi cuaderno, mi bolígrafo y mi linterna, a la que le quedan las mismas horas de aliento que a mí. Por eso debo comenzar cuanto antes mi relato último. Quizás sea eso lo que espere Aïcha para manifestarse una vez más.

No sé exactamente cuantos días hace que abandoné a mi grupo; el tiempo no existe en lugares como éste. Pero sé que fue al atardecer cuando me quedé

solo. Habíamos cabalgado durante toda la noche, desde que el sol se puso la tarde anterior hasta que la luz del amanecer comenzó a trazar nuestras sombras, todavía tímidamente, sobre una arena que iba adquiriendo unos tintes progresivamente amarillentos. Aún debíamos realizar varias horas de marcha hasta el siguiente pozo y Jabir, nuestro guía, decidió detener la caravana y establecer el campamento junto a unos roquedales que se alzaban a doscientos metros del lugar en el que nos hallábamos. Pero realmente todo esto comenzó varios meses antes de mi llegada a Douz, a este desierto del que ya no podré escapar; incluso podría decir que debería remontarme a treinta y dos años atrás, treinta y dos décadas atrás, treinta y dos siglos atrás...

Todavía no sé cuál fue la razón que me impulsó a abandonar la vida tranquila de Créteil, en las cercanías de París, para ir en busca de lo que parecía un mito, un cuento de viejas apropiado para contarse a la caída del sol. Toda mi familia había emigrado de Argelia a finales de los años cincuenta –yo nací ya con pasaporte francés– y habíamos conseguido alcanzar una vida relativamente cómoda tras unos duros inicios como metecos. Cuando yo no era más que un niño, mi padre se pasaba horas junto a mi cama contándome historias increíbles que casi nunca lograba terminar. Apenas utilizaba el francés en sus relatos, pues solía reservar el árabe para las noches y, aun sin entender muchas de aquellas palabras, los sonidos cadenciosos y bailarines que brotaban de sus labios me arrullaban y me trasladaban a latitudes que jamás había pisado. Además, esos sonidos que se arrastraban como serpientes por el aire iban formando un recio poso en mi espíritu. Pero nunca nombró a Aïcha –ahora pienso que quizás pretendía evitar que me pudiera sentir atraído por su misterio–. Fue uno de sus hermanos quien, en una reunión familiar algún tiempo después de morir mi padre, me nombró a aquella enigmática mujer. Según él, mi padre había sido uno de los pocos hombres que no habían sucumbido a su embrujo, pues se decía que muchos otros habían dado la vida por ella. Aïcha, la inmortal: así era como se refería a ella mi padre.

Al principio no hice demasiado caso de lo que mi tío me contaba, pero poco a poco comencé a sentir la necesidad de conocer algo más sobre Aïcha. Aquel repentino interés coincidió con una de esas épocas en las que todos nos

vemos obligados a volver la mirada hacia nuestro interior. Hay quien lo llama melancolía; otros, nostalgia, espiritualidad, depresión incluso.

En cualquier caso, poco pude sonsacarle sobre la tal Aïcha. No empleaba sino términos vagos, imprecisos, pero siempre te sugerían la figura de una mujer extraña, fría y cálida a un tiempo, distante pero capaz de filtrarse a través de tu cuerpo como la frialdad de la niebla. El único dato objetivo que pude obtener sobre Aïcha fue el lugar donde mi padre se tropezó con ella: la había conocido en algún punto de la frontera entre Túnez y Argelia, al sur del país. Mi padre tenía entonces alrededor de veinte años y era uno de los pocos pastores nómadas que quedaban en la zona y, en una travesía entre Douz y Bordj el-Hattaba, en el extremo sur de Túnez, se topó con Aïcha.

Yo tenía dieciocho años cuando mi tío me habló de Aïcha, acababa de ingresar en la universidad y estaba más preocupado por mis estudios y por los aspectos más tangibles de la vida que por esas historias llenas de romanticismo que no terminaba de creer. Tras licenciarme en Derecho comencé a trabajar en el departamento de personal de una importante cadena de distribución. Debo reconocer que al principio encontraba un gran placer poniendo mis conocimientos a disposición de la compañía, incluso agradecía las palmaditas en la espalda que recibía como recompensa por la calidad de mi trabajo, pero pronto comprendí que me estaba convirtiendo en una especie de perro de presa que los directivos azuzaban contra mis propios compañeros en cada programa de reducción de plantilla que planeaban. Ya sé que una empresa no tiene alma, pero cuando también la pierden sus empleados es un claro indicio de que algo no va demasiado bien.

Mi trabajo me resultaba cada día más desagradable, pero no era capaz de abandonarlo por mucho que tuviera más de destructivo que de creativo. Sin embargo, fue la propia compañía quien tomó la decisión por mí y, después de diez años de trabajo sin horario, la dirección decidió prescindir de mis servicios. Nadie me dio explicación alguna –supongo que con treinta y dos años ya me consideraban demasiado viejo para la compañía o que, simplemente, pretendían sustituirme por alguien todavía más dócil que yo– y tampoco yo la

pedí.

Así fue como me encontré en la calle, con doscientos mil francos en la cuenta corriente y un vacío interior que no encontraba modo de llenar. Sentía remordimientos por tanta gente a la que había ayudado a perder su empleo – quizás simplemente porque yo también había recibido una dosis de mi propia medicina– y pensé que lo mejor que podía hacer era tomarme un breve periodo de descanso antes de buscar un nuevo trabajo. Y sin motivo aparente me vinieron a la cabeza los recuerdos de la infancia, la imagen difuminada de mi padre y sus cuentos interminables, la dulzura de su voz –me entristeció comprobar que había olvidado las pocas palabras que aprendí en árabe– y, por supuesto, la historia de Aïcha.

En ningún momento pensé que aquella mujer pudiera vivir todavía. Ni siquiera me planteé la posibilidad de poder dar con ella, una idea que consideraba absurda pues nunca me habían dicho exactamente dónde la conoció mi padre y, aun en el caso de que siguiera viva, tal vez ya no se encontrará en Argelia, en Túnez o dondequiera que hubiera vivido algún día. No, simplemente quería averiguar por qué mi padre se había sentido atraído de tal modo por Aïcha –tal vez alguien de la zona pudiera darme información sobre ella; quién sabe si incluso se conservaba alguna fotografía suya–, sólo deseaba contemplar el paisaje en el que se había producido el encuentro y al que yo imputaba parte de la responsabilidad en aquella inusual atracción, pues siempre había relacionado la inhospitalidad del desierto con una sensualidad sin límites, la infinita curva de las dunas y sus juegos de luces y sombras con la silueta de una mujer recostada al sol, el horizonte inabarcable con la libertad absoluta...

Si yo mismo no podía encontrar las razones de aquella huida, ¿cómo podía pretender la comprensión de Cécile, mi novia? Le expliqué una y otra vez que se trataba de un viaje que debía realizar solo, pero ella no parecía dispuesta a escucharme. Espero que si algún día lee este relato, al menos me perdone y sea capaz de vislumbrar los motivos de mi sumisión a Aïcha.

A finales de octubre conseguí un nuevo empleo al que debía incorporarme dos meses más tarde, con el comienzo del año, así que pensé que había llegado el

momento de realizar el viaje. Cuatro o cinco semanas serían suficientes para conocer algo de mi pasado y ordenar mis ideas sobre mi trabajo, mi vida, mi pareja... Y sin dar más explicaciones a Cécile que una simple llamada telefónica el día anterior a mi marcha, preparé una mochila con lo imprescindible y tomé un avión a Túnez.

Apenas pasé un par de días en la capital, pues estaba impaciente por comprobar si mi idealización del desierto tenía algún fundamento o si su contemplación podía llegar a superar incluso las expectativas que me había formado. Un nuevo avión me dejó en Tozeur y desde allí, atravesando en autobús la interminable llanura salada del Chott el Jerid, rota tan sólo por un tenderete para que los turistas comprasen alfombras, rosas del desierto y otros recuerdos artesanales fabricados en serie, llegué a Douz.

Como ya temía desde el momento en que tomé la determinación de realizar el viaje, las agencias locales no incluían en sus programas sino visitas de pocas horas a la puerta de entrada al desierto, en caravanas organizadas y endulzadas con Coca Cola que, por los pocos dinares que costaba la entrada, mostraban la puesta del sol sobre las dunas como si se tratase de un cine de verano al aire libre; eran salidas que terminaban antes del anochecer en la piscina de un hotel de cinco estrellas. Nada parecido a lo que yo pretendía, a lo que yo había ido a buscar, a lo que necesitaba encontrar...

Ya llevaba cinco días en Douz y comenzaba a desistir de ver cumplido mi sueño de adentrarme en el desierto auténtico, de viajar hacia el sur sobre la grupa de un dromedario con la única compañía de otros hombres tan solitarios como yo, el manto de arena a nuestros pies y el sol como único testigo de nuestra osadía; así era como imaginaba los pasos de mi padre más de cincuenta años antes y eso era lo que yo buscaba. Pero nadie parecía dispuesto a acceder a mi capricho y empecé a pensar que tal vez sería mejor renunciar a aquel proyecto y regresar con Cécile, olvidando para siempre lo que nunca debería haber oído. Porque tampoco mis pesquisas sobre Aïcha habían dado fruto alguno: los pocos hombres que no se encogían de hombros cuando les preguntaba por ella miraban hacia otro lado o me contestaban con

otra pregunta, pidiéndome que concretase a qué Aïcha me refería, pues parecían conocer a varias mujeres con ese nombre. Pero la que iba a ser mi última tarde en Douz –mi mochila me aguardaba en el hotel, con el peso añadido de algunos recuerdos para mi novia y dispuesta para salir a la mañana siguiente– conocí a Jabir.

Eran las siete de la tarde y las calles de Douz empezaban a llenarse de gentes de todo tipo: nativos ataviados al puro estilo beduino, turistas europeos en pantalón corto, camisetas de colores vivos y la cabeza coronada por gorras o turbantes, alguna mujer con la indumentaria occidental cubierta por un manto negro... Los cafés de fachadas blancas abrían de par en par sus puertas azulonas, en una clara invitación a acceder a su interior y pasar un tiempo difícil de medir con un vaso de té entre las manos. A la entrada de uno de esos cafés, dos hombres permanecían inmóviles como maniqués cuyo único indicio de vida eran las burbujas que se formaban en las pipas de agua que fumaban. Saludé con un leve gesto de la cabeza y pasé al interior del local.

En una mesa apartada, un hombre de edad indefinida, vestido con chilaba de color crema y tocado con un turbante azul, parecía dormitar entre sorbo y sorbo de té. Junto a la barra, tres hombres jóvenes habían optado por la cerveza y acumulaban varios botellines vacíos frente a sí. Ocupé una mesa contigua a la suya y, aunque nunca he sido curioso, no pude evitar escuchar su conversación.

Hablaban en inglés y, a los pocos minutos, pude deducir que estaban celebrando su inminente partida hacia el desierto. Nuevamente esperanzado por poder cumplir mi propósito inicial, decidí inmiscuirme en su charla.

–Perdón –me disculpé por mi intromisión–, me ha parecido entender que estáis planeando un viaje por el desierto ¿no?

Los tres hombres hicieron converger sus miradas hacia mí. El que parecía más locuaz –de nombre, Norman– me tendió su mano y presentó a sus dos acompañantes, Samuel y Kevin. Alrededor de una nueva ronda de cervezas, comenzaron a explicarme sus proyectos. Eran tres norteamericanos que pretendían viajar hasta el sur de Túnez atravesando la parte más septentrional

del Sahara y, curiosamente, siguiendo la misma línea fronteriza con Argelia a lo largo de la que mi padre había conocido a Aïcha. Y además contaban con la ayuda de un beduino que les acompañaría en la aventura desértica. No lo dudé ni un instante y, empujado por la emoción, les pedí permiso para unirme al grupo. Los tres hombres me aceptaron de inmediato, pero primero debería negociar el precio con su guía: Jabir, el hombre del turbante que seguía sentado en un rincón del café.

Jabir debía tener unos cincuenta años, pero los rigores del clima le habían proporcionado una piel ajada que le hacía aparentar quince o veinte más. Sus ojos, de un inusual color azul desgastado por el mucho sol recibido, demostraban una sabiduría natural adquirida a golpe de experiencias, la sabiduría que aporta la supervivencia en condiciones extremas. Apenas hablaba francés aunque lo entendía lo suficiente como para responder con monosílabos y gestos de las manos. Tras pocas palabras, algunos silencios calculadores y un apretón de manos, acordamos el precio: cuatrocientos dinares por una travesía que debía durar doce o catorce días; el alquiler del dromedario y la compra de provisiones correrían por mi cuenta y el regreso lo debería realizar en coche con los tres norteamericanos. La salida estaba prevista para el atardecer del día siguiente.

Por la mañana, Norman me ayudó en la tarea de aprovisionamiento: conocía a la perfección las técnicas del juego del regateo y conseguimos todo lo necesario por bastante menos dinero de lo que me pedían inicialmente. Liquidé la cuenta de mi hotel y, a las seis de la tarde, regresé al café en el que había conocido a los que iban a ser mis compañeros de viaje. Todo estaba listo para comenzar la travesía hacia el sur, hacia la región en la que, quizás, podría averiguar algo sobre Aïcha.

La caravana estaba integrada por Jabir —siempre viajando quince o veinte metros por delante del grupo, como renunciando a nuestra extraña compañía—, los tres norteamericanos y yo, todos a lomos de dromedarios. Un par de animales más, cuyas riendas estaban unidas al dromedario de Jabir, transportaban todo el equipo. Partimos en silencio cuando el sol comenzaba a

ser engullido por las dunas más lejanas, como si fuera una moneda introduciéndose por la ranura de una hucha de arena. Premonitoriamente, dirigí una mirada a las casas que dejábamos atrás, los últimos signos de una vida humana que ya nunca volveré a contemplar.

Viajamos durante toda la noche. En seguida, Norman rompió el silencio de la noche con su verborrea inagotable. Yo me sentía incómodo con tanta palabrería, pues me daba la sensación de que con su charla violábamos la paz de una catedral que decoraba su cúpula negra con estrellas en lugar de representar las manidas escenas religiosas. Aceleré un poco la marcha y me acerqué a Jabir. El guía me dirigió una mirada con la que demostraba estar de acuerdo con mis pensamientos: el desierto era silencio y resultaba sacrílego ensuciarlo con palabras innecesarias.

Cada jornada de marcha era una prolongación natural de la anterior: un paisaje siempre idéntico pero en continua transformación, con las dunas reptando por delante de nosotros como si no quisieran ser alcanzadas; el sol siempre presente pero mostrando una amplia gama de matices a medida que transcurrían las horas; el aire extremadamente seco quemando nuestros pulmones a cada inspiración.

Nos desplazábamos en silencio durante toda la noche –los norteamericanos eran menos pródigos en palabras conforme pasaban los días, posiblemente como consecuencia de la fatiga o del aburrimiento por una aventura diferente de la que esperaban– y acampábamos al amanecer. Al tercer día de marcha le pregunté a Jabir si sabía algo de la Aïcha que yo buscaba. Su respuesta, si se pueden considerar aquellas palabras como una respuesta, me desconcertó.

–No, Aïcha no; no, Aïcha no –repetía meneando la cabeza como sacudiéndose aquel nombre que para él sí parecía significar algo. Y después se hundía en su silencio inmutable, encerrando en su chilaba cualquier intento de explicación que pudiera querer darme.

Durante los dos días siguientes no tuve ocasión de hablar con el guía, ni de Aïcha ni de ninguna otra cosa. Jabir me rehuía cada vez que me acercaba a él y prefería la compañía de Norman y sus amigos antes que quedarse a solas

conmigo. No me dirigió la palabra hasta la noche que nos separamos definitivamente.

Era el séptimo día de marcha y nuestras fuerzas comenzaban a fallar. Empezábamos a sentir el declive progresivo de nuestros cuerpos, pero todavía era más terrible la derrota mental que experimentábamos: la soledad que nos rodeaba, la monotonía de un horizonte inalcanzable hacía que no acertásemos a ver el final del viaje.

Estábamos terminando de cargar nuestros enseres, dispuestos a iniciar una nueva noche de caminar bajo las estrellas tan pronto el sol fuera devorado por el desierto. Entonces miré hacia el suelo, al lado de donde había estado plantada una de las jaimas, y quedé sobrecogido, paralizado, al ver la flor más hermosa que nunca pude contemplar. Una flor que, podía jurarlo por lo más sagrado, no estaba allí un minuto antes. Su tallo espinoso no mediría más de diez o doce centímetros, pero emergía de la arena con la altivez de una diosa en un océano ocre. Me agaché para verla más de cerca y como si hubiera estado esperando la genuflexión de su siervo se abrió mostrando unos pétalos rojos que parecían surgir de la nada. Fue una visión fugaz, pues no bien sintió el último rayo de sol en su delicada cabeza volvió a esconderse en el inaccesible refugio de su mar de arena.

Arrodillado, barrí la superficie con las palmas de las manos, suavemente al principio, con frenesí después, braceando como si quisiera evitar sumergirme en el agua. No quedaba ni rastro de la flor. Miré a mi alrededor: mis acompañantes me contemplaban incrédulos, tal vez pensaban que me había vuelto loco. Traté de explicarles lo que había tenido ocasión de ver, pero no parecían dispuestos a creerme. Además, las palabras me salían a borbotones y no hallaba los términos precisos para describir lo que había presenciado.

De inmediato supe que no me movería de allí hasta poder ver una vez más a mi flor, pues la exclusividad con que se había manifestado la hacía mía. Aunque más bien se podía decir que yo me había convertido en algo de su propiedad. Les expuse lo que había decidido: permanecería todo el día allí, esperando una nueva caída del sol y luego les alcanzaría forzando la marcha

de mi dromedario. Los norteamericanos trataron de convencerme de que no podía quedarme solo en aquel infierno, que debía continuar con ellos como había hecho desde el principio. Jabir callaba. Yo no cedí a sus consejos, a sus ruegos casi suplicantes y el guía sólo habló cuando ya habían iniciado la marcha sin mí: “nunca nos alcanzarás, ni siquiera intentarás salir de aquí”. Esas fueron las últimas palabras que escuché.

Me quedé solo. Todo mi mundo se redujo a una superficie ilimitada de arena, un sol omnipresente del que me protegía la lona de una de las jaimas y la esperanza de ver un nuevo nacimiento de aquella flor, una flor de una belleza extremada, de unos rasgos duros como tallados a cincel pero delicada como si estuviera a punto de quebrarse a cada instante con mi sola mirada.

Durante los días siguientes, nada cambió aunque nada permanecía igual: la arena modificaba sus líneas sin descanso, el sol me mostró más tonalidades de las que había podido ver en toda mi vida, la luna tatuada en el cielo me enseñaba una mancha nueva cada noche... pero la flor seguía si aparecer. Parecía querer poner a prueba mi capacidad de sufrimiento, saber hasta qué punto estaba dispuesto a sacrificarme por ella.

Todo ese tiempo mi mente permaneció ocupada por los más variados pensamientos: el rostro de Cécile se fundía sobre la única imagen que conservaba de la flor y, un segundo después, ambas eran desplazadas por el rostro de mi padre en sus últimos días de vida; contemplaba la arena sin fin y la imaginaba cayendo por el borde del horizonte como si escapara lentamente entre mis dedos; miraba esa superficie ocre y recordaba un verano que pasé en la costa atlántica cuando era un niño, el año en que uno de mis hermanos mayores me enseñó a nadar arrojándome contra las olas...

Mis reservas de agua comenzaban a escasear, mis provisiones se agotaban y yo seguía allí, cada hora que pasaba un poco más lejos de la posibilidad de alcanzar a los que habían sido mis compañeros de viaje. Entonces llegó la tormenta. La detecté porque las estrellas comenzaron a borrarse del cielo. Asustado, me acurruqué buscando la protección de las rocas y cubrí mi cuerpo con la lona, tratando de evitar lo ineludible.

Tras varias horas de angustia, de pensar que iba a morir allí, ahogado en una nube de arena, la tormenta comenzó a calmarse y en el cielo aparecieron de nuevo las estrellas. Había pasado todo ese tiempo agazapado entre las grietas de la roca, con la cabeza escondida entre las piernas y tenía todo mi cuerpo adormecido. Me incorporé lentamente, temeroso de que el viento lanzase una nueva acometida contra quien había despreciado los consejos de un guía experimentado y se había atrevido a desafiar la violencia desmedida del desierto. La luna volvía a brillar con fuerza y arrojaba algo de luz sobre el paisaje de dunas, que había cambiado por completo su fisionomía demostrando la vitalidad de la que gozaba aquel paraje que otros consideraban muerto.

Confieso que nunca imaginé que mi flor seguiría a mi lado, que habría conseguido asomar su cabeza entre la furia de la tormenta; incluso me olvidé de ella mientras pensaba en el peligro que yo mismo corría, mientras recordaba a mi padre, mientras veía por última vez el rostro de Cécile... Pero allí estaba, altiva y orgullosa como nunca... y abierta como la primera vez que la vi, como la vez que me enamoré de ella.

Pero todavía me sorprendí más cuando descubrí lo que la tormenta había rescatado de la arena. Alrededor de la flor, esparcidos por el suelo y convergiendo hacia ella como si fueran sus propios pétalos, decenas de esqueletos humanos alargaban sus brazos intentando una última caricia. Durante unos minutos escarbé con rabia, con desesperación, y encontré horrorizado nuevos huesos que todavía permanecían enterrados bajo la arena.

No pude contener las lágrimas por más tiempo, lágrimas de amargura y alegría, de pánico y firmeza a un tiempo al comprender que aquella flor era Aïcha, la inmortal. Y supe también que todos aquellos huesos esparcidos por la arena pertenecían a los hombres que, a lo largo de los siglos, habían dado su último aliento por ella, edificando a su alrededor el cementerio de vida al que yo debía incorporarme.

Han pasado varias horas, veinticuatro, quizás treinta, no sé, desde que la tormenta me devolvió a Aïcha, y al verter sobre un papel mis últimos miedos, al

acariciar estas hojas con la tinta de mis últimas ilusiones, he conseguido que mi espíritu se calme, que se libere de todo temor. Sólo ahora sé que estaba en lo cierto cuando creí detectar el rostro del terror en las pupilas de Jabir mientras negaba una y otra vez la existencia de Aïcha, el nombre mismo de Aïcha. Y ahora sé también que ha llegado mi turno y espero no ser el último en ayudar a mantener viva la inmortal belleza de Aïcha.

Relato ganador del 2º premio del *Concurso de Relatos Cortos Juan Martín Sauras 2001*

Lentitud administrativa

Lento e incompetente, decía el hijoputa en su escrito. Que todo el día de cháchara, desayunos de hora y media, compras en horario de trabajo, días festivos por asuntos particulares... Que así iba el país, con tanto funcionario tocándose los cojones siete horas al día. Y que los demás a trabajar y pagar impuestos para mantener a semejante cuadrilla de vagos e incompetentes.

Evidentemente, nunca debió escribir esas líneas en una instancia oficial.

Lento e incompetente, decía. Me llevó menos de un minuto averiguar la matrícula de su coche y si estaba la corriente de pago del impuesto de circulación. ¿Es eso lentitud? En dos minutos más tenía su dirección, su profesión y estudios cursados, dónde tenía el despacho en el que ejercía como asesor fiscal, si tenía vivienda en propiedad o estaba de alquiler... Y los datos correspondientes a su mujer, el nombre de cada uno de sus tres hijos y, recurriendo a las amistades -la necesaria comunicación entre distintas Administraciones-, el nombre del colegio público al que iban.

Me quedé con su careto gracias a la fotocopia compulsada del libro de familia que encontré en el archivo de la oficina. Para que luego digan que siempre andamos perdiendo expedientes. Si no hubiera solicitado en su día bonificaciones por familia numerosa me habría resultado más difícil ponerle cara, pero la gente, por ahorrarse cuatro perras, es capaz de renunciar a sus derechos de imagen. ¡Pues que se joda!

Llegó la hora del desayuno. La bolsa pesaba lo suyo, pero el esfuerzo merecía la pena. Acudí al bar de todas las mañanas, me tomé mi bocadillo de tortilla y mi caña, y un cortado para calentar el cuerpo. Leí los periódicos de la casa, pagué la consumición, invertí los cambios en la tragaperras y salí del local. Al llegar a la esquina de la calle, caí en la cuenta de que había dejado olvidada la bolsa en el bar. ¡Qué cabeza la mía!

Cinco minutos más tarde me encontraba ante el edificio en cuestión. El

despacho estaba en la primera planta, toda ella ocupada por oficinas, pero utilicé el ascensor, que tampoco es cuestión de hacer esfuerzos innecesarios. E insisto, la bolsa cada vez pesaba más.

Pase sin llamar, decía el cartel de la puerta. Obedecí. En el recibidor no había nadie y una voz masculina me invitó a llegar hasta el final del pasillo. Que estaba solo, dijo el incauto. Mejor, no me gustan las multitudes.

Saludé nada más entrar en el despacho. Ahí le tenía, igualito al de la foto, pero con menos pelo. El tipo se incorporó levemente de su asiento y me ofreció su mano. Era diestro; un dato que desconocía y que me resultaba imprescindible. Con el pisapapeles le metí una hostia en su cara de gilipollas y el tipo se derrumbó inconsciente en el sillón. Saqué la guillotina de la bolsa, la coloqué sobre la mesa y acepté la mano que el cabrón me acababa de tender.

Relato incluido en la antología *Relatos para el número 100* (Mira Editores, 2009)

Páginas amarillas

Era sábado, y, como todos los sábados, tocaba limpieza general. Antonio había bajado a por la prensa y, seguro, aprovecharía para tomar un café en el bar de la esquina. Mejor, siempre he preferido hacer las cosas de casa sin nadie remoloneando alrededor.

Limpié cristales, quité el polvo a los muebles –incluido el que más pereza me da, el taquillón de la entrada, adornado centímetro a centímetro con mi colección de búhos y elefantes con la trompa alzada, que dicen procuran buena suerte–, hice los baños, barrí y fregué todo el piso. A las once había terminado, me senté en el sofá y me encendí un cigarrillo. Antonio todavía no había vuelto: me dije en voz alta que se habría entretenido más de la cuenta en el bar, aunque no pude evitar el pensamiento de siempre.

A las doce comencé a preocuparme en serio. Encendí otro cigarrillo, busqué las páginas amarillas en el taquillón de la entrada a la vez que pedía mentalmente a búhos y elefantes que nada malo hubiera sucedido, las abrí por la B de Bares, descolgué el teléfono y marqué. En el bar me dijeron que Antonio había salido de allí hacia las nueve y media, justo cuando...

Colgué sin terminar de escuchar la explicación del camarero. Lo primero que imaginé es que Antonio era capaz de haberse dejado atropellar en el único cruce que separaba la casa del bar, tan inútil como era. Y todo por seguir rechazando el pensamiento de siempre.

A la una ya estaba de los nervios. Cogí de nuevo las páginas amarillas, las abrí por la H de Hospitales y comencé la ronda uno por uno. Por supuesto, nadie que respondiera a su nombre y descripción había ingresado en toda la mañana. Descarté llamar a la policía, sé que deben pasar ciertas horas antes de denunciar una desaparición y seguramente sólo provocaría en los agentes una asquerosa sonrisa de complicidad entre ellos.

Con la fuerza de un portazo, la angustia inicial dejó paso libre a la indignación

más profunda. No tenía sentido seguir negando la evidencia, lo que siempre había pensado que terminaría sucediendo: el desgraciado de mi marido se había largado con la secretaria.

Reaccioné con inusitada frialdad: lo tenía claro si creía que iba a ir tras él como un perrillo faldero. Jamás en la vida sería capaz de rebajarme hasta el extremo de ir detrás de un hombre. De todos modos, las cuentas corrientes estaban a nombre de los dos, y el lunes a primera hora ya serían historia. Pero debía hacer otra cosa de inmediato: bloquear las tarjetas antes de que ese sinvergüenza pudiera retirar un solo duro. De nuevo páginas amarillas, B de Bancos y gestión realizada.

A medias satisfecha de mi sangre fría, a medias avergonzada por lo que Antonio había sido capaz de hacerme, me serví una cerveza y volví a sentarme en el sofá. Las dos y media. Puse las noticias de Telecinco y la cantinela de los niños de san Ildefonso me recordó por primera vez en todo el día que era 22 de diciembre: nose cuantos miiiiil noooose cuantos, un porrón de millones de eeeeurooos.

Corrí a la entrada. Bajo el elefante más grande, donde siempre colocábamos el boleto que comprábamos a medias no había nada de nada.

Saqué por última vez más las páginas amarillas y las abrí por la D de Detectives Privados. Lo tenía claro ese cabrón si pensaba escapar fácilmente de mí.

Relato seleccionado para el libro *Relatos cortos para leer en tres minutos* Luis del Val

El hombre invisible

A Salvador le había llegado un nuevo encargo y esta vez tenía las ideas claras. Entró al trastero donde guarda sus herramientas de trabajo, se vistió con unos vaqueros sucios y una camiseta de las muchas que tiene con el pecho decorado con algún motivo publicitario. Se calzó unas alpargatas de las que asomaba ufano el pulgar de cada pie y se cubrió la cabeza con una gorra de Pinturas Bruguer. Salió del cuarto equipado con un cubo, una esponja, un paño, un bote de lavavajillas corriente y una bolsa de Mercadona con unos cuantos paquetes de pañuelos de papel.

Se fue caminando, disfrutando del sol de la mañana, hasta el semáforo que había elegido tras meditarlo largamente: situado a la salida de un puente sobre el río, le permitía vigilar la llegada de los vehículos a una distancia de unos doscientos metros, espacio suficiente para identificar a su objetivo.

A la una y cuarto comenzó la faena. Cada vez que un coche paraba a su lado, ofrecía al conductor sus servicios de limpieza rápida de cristales. El conductor, invariablemente, mantenía la mirada al frente, tamborileaba con los dedos sobre el salpicadero, giraba la cara hacia el asiento del acompañante –aunque estuviera vacío–, pero jamás le miraba a la cara. Precisamente eso era lo que más gustaba a Salvador de la caracterización elegida.

A continuación lo intentaba con los pañuelos. Golpeaba suavemente con los nudillos en la ventanilla del conductor y le ofrecía su mercancía, consiguiendo el mismo resultado que con la limpieza de cristales.

Un semáforo en rojo tras otro, un coche tras otro, invisible por completo a los conductores que regresaban a casa tras una mañana en la oficina.

Poco más tarde de la una y media, vio llegar a su cliente. Lo distinguió desde lejos porque no es muy frecuente ver descapotables rojos como el que acostumbraba a conducir el conocido empresario de la noche, y esa era la peculiaridad que había hecho que Salvador se decidiera por ese disfraz y no

otro de los muchos que tiene de ciudadano invisible.

El coche llegó a su altura. Salvador apoyó la esponja sobre el parabrisas al tiempo que hacía la pregunta de rigor.

–¿Limpio, señor?

El señor no contestó, ni Salvador pudo ver la expresión de sus ojos tras los cristales de las gafas de sol. Dicen que quien calla otorga, pero Salvador sabe que en estos casos no sirve de mucho el refranero popular. Probó con los pañuelos.

–¿Pañuelos, señor?

Esta vez creyó obtener un gruñido por respuesta. Salvador miró el semáforo de los peatones: estaba en ámbar. Eligió el paquete con premio, contó mentalmente hasta tres y lo dejó caer en el interior del coche, justo detrás del asiento del conductor. Éste, pendiente en exclusiva del acelerador, ni se enteró. Arrancó casi al mismo tiempo que recibía la carga mortal.

Salvador escuchó la explosión cuando recogía sus trastos. Cruzó la calle y regresó hacia su casa, seguro de que, en el supuesto de que alguien relacionase su presencia en aquel semáforo con la explosión del vehículo, nadie sería capaz de dar de él una descripción mínimamente detallada. Es lo bueno que tienen los muchos disfraces de hombre invisible que guarda en el trastero y que utiliza para su trabajo: el de punkarra con sus mallas negras, camiseta amplia de tirantes, botas altas de cordones, cinturón claveteado y una flauta (el perro se lo deja un vecino); el de vendedor de La Farola con pantalón gris, mocasines negros, calcetines blancos, jersey de pico color azul marino y pequeño bigote postizo; el de malabarista callejero que incluye peluca de rastas, pantalón amplio a rayas negras y grises, camiseta, sandalias de cuero marrón, gorra modelo “Bob Marley” y diábolo. O el de gitana vendedora de romero, que utiliza menos porque le hace parecer un travesti. Y, ante todo, Salvador siempre ha sido una persona seria y responsable.

Cinco años después, todavía no me he podido deshacer de su último recuerdo, de su imborrable sombra. Durante todo ese tiempo he ido desprendiéndome de su memoria: arrojé en un contenedor todos los discos que habíamos comprado en común y que representaban algo especial para mí, rompí todas las cartas que me escribió cuando éramos novios, recorté su figura en cada una de las fotos en las que aparecíamos juntos. También fue hace cinco años cuando cancelamos conjuntamente las cuentas corrientes que conjuntamente habíamos abierto al casarnos.

Pero todo eso no era suficiente para olvidarla.

Desde el día en que nos separamos –realmente, desde una semana después–, su nombre no figuraba en la plaquita del buzón. Había roto las antiguas tarjetas de visita y había mandado hacer unas nuevas en las que sólo aparecían mis datos, y ella había tenido el detalle de cambiar la domiciliación bancaria de sus tarjetas de compra.

En cuanto a sus libros, los empaqueté cuidadosamente y los remití a la dirección que ella me facilitó. Otro tipo de enseres domésticos, como el video, el televisor, el equipo de música, los habíamos repartido antes de que ella se fuera definitivamente de casa. Sólo dejó algunas ropas que, al cabo de los meses, llevé a una asociación benéfica y ahora cubrirán otros cuerpos más necesitados.

Pero Silvia seguía presente en mi vida.

Decidí cambiar de agenda de teléfonos pues a veces, buscando el de alguno de mis amigos, tropezaba con el de mis suegros, con el de alguna de las compañeras de estudios de Silvia, con el de la peluquería a la que iba cada quince días... y eso me traía de nuevo a la mente su imagen nítida.

Seguí buscando recuerdos suyos por toda la casa. En una caja que encontré en el baño y que nunca había abierto desde que ella se fue encontré unas

cuantas cremas de día, de noche, mascarillas para el pelo, maquillajes, una antiarrugas casi agotada, varias horquillas y un paquete de algodones desmaquillantes. Todo aquello, incluida la caja, acabó en la basura.

Continué el rastreo en el salón. El mueble bar contenía algunos licores que sólo Silvia solía beber: una botella de Cointreau, una de licor de manzana verde y otra de licor de melocotón. Cuando conseguí romper el precinto de azúcar en que se había convertido el tapón, vertí todo su contenido por la fregadera. Veía desaparecer el líquido por el desagüe y con él se iba Silvia un poco más.

Y todavía percibía su presencia a mi alrededor.

El último paso lo di al deshacerme de las corbatas que, a lo largo de los años, me había ido regalando. A razón de una por cada san Valentín y otra por Reyes o por mi cumpleaños, salía una cifra de dos corbatas al año. En total, catorce corbatas alimentaron la pira funeraria que preparé en la terraza.

Eso fue el pasado mes de diciembre, coincidiendo con una de mis clásicas depresiones navideñas. Durante los cuatro meses siguientes no logré encontrar nada que llevara estampado el nombre de Silvia, nada que me hiciera oler su perfume, nada que me trajera su voz canturreando al lado de la mía, nada que grabase su imagen en mi retina. Pero al llegar mayo...

Al llegar mayo, la agencia de viajes Mar y Sol Travels, con la que Silvia y yo habíamos contratado nuestras vacaciones en un par de ocasiones, se encargó de hacerme llegar –como ocurría cada mes de mayo desde hacía diez años– su catálogo veraniego de las costas e islas de España, igual que si se tratase del recordatorio anual de nuestro aniversario de boda. Sin abrir el sobre, lo rasgué y lo arrojé a la basura. Lloré unas lágrimas de rabia, luego sonreí y pensé que, al menos, ahora disponía de todo un año por delante sin toparme con la cara de Silvia. O de toda una vida si me cambiaba de domicilio y me hacía invisible también para Mar y Sol Travels.

Un mal día lo tiene cualquiera

Son las siete menos diez de la mañana, la noche ya no es lo que era tan solo hace unos minutos, antes oscuridad total y ahora el sol encargándose de aportar una nota de color, suave, sin las estridencias propias del mediodía, a la jornada que está a punto de comenzar.

Para algunos, claro. Para otros, como tú, toca a su fin.

Piensas que diez minutos son más que suficientes para arruinar una noche sin incidentes, pero tu cabeza y tu cuerpo, reventados de cansancio, sólo están dispuestos a aceptar conceptos tales como café -descafeinado- con leche, pijama, persianas bajadas, cama, almohada... Tapones en los oídos para amortiguar los ruidos matinales de los vecinos.

Pero, ¿qué puede suceder en diez minutos que no haya sucedido en siete horas? La noche ha sido tranquila, apenas un par de borrachos armando jarana a horas intempestivas y la ronda de los sin techo a los que visitáis cada noche para comprobar que se encuentran bien, que ningún hijo de puta la ha tomado con ellos sin otro motivo que el de sentirse superiores, por una vez en su vida, a alguien.

No debería suceder nada, no debería suceder nada, no debería... repites interiormente como un mantra que conjure cualquier peligro.

Tu compañero también es consciente de que diez minutos dan para mucho. Como taurino que es, no se cansa de repetir eso de que hasta el rabo todo es toro. Tu compañero es realista, o pesimista o, como dirían algunos, un optimista bien informado.

Habéis dejado el coche mal aparcado. No es más que un momento, tu compañero se ha quedado sin tabaco, ha visto un bar que acaba de subir la persiana y ha pensado que no podía pasar sin el último pitillo de la noche. Tú, positivo como siempre, temes irrumpir en medio de una pelea -es demasiado temprano para broncas de barra, pero nunca se sabe- que estropee la anodina jornada.

Afortunadamente para ti, el bar está en calma, sólo un camarero que se apresura a desactivar el bloqueo de la máquina en cuanto os ve entrar y vuelve a sus tareas rutinarias. Vosotros, sin despediros, salís de nuevo a la calle y os dirigís al coche. Parece que la noche, definitivamente, está a punto de concluir.

Tu compañero, sin previo aviso, te da un codazo y se pone un dedo en los labios para pedirte silencio, aunque tú no seas de mucho hablar mientras patrullas.

No oyes nada, no deseas oír nada que no suene a café con leche, pijama, persianas bajadas... Simplemente vas a abrir la boca para protestar por el codazo en los riñones cuando recibes otro golpe, éste más fuerte que el anterior. Temiendo recibir una nueva dosis, aguzas el oído y, ahora sí, un débil maullido te llega desde unos contenedores cercanos. Respiras aliviado porque, desde luego, un gato pulgoso no es motivo suficiente para que la jornada no termine a su hora.

El metomentodo de tu compañero se acerca a los contenedores y tú esperas ver salir de debajo de uno de ellos al minino, incluso das un paso atrás y te mantienes alerta por si se le ocurre saltar asustado sobre tus ojos, que no sería la primera vez que te sucede algo parecido.

El gato no aparece por ninguna parte, pero los maullidos se hacen más intensos, sobre todo cuando tu compañero levanta la tapa del contenedor. Se asoma al interior, mete los brazos y cuando saca el bulto entre ellos comprendes que, desde luego, tu jornada no terminará a las siete y el café, el pijama y la cama deberán esperar algún tiempo más.

El maullido se transforma en llanto y el gato en bebé cuando tu compañero desenvuelve el bulto, lo justo para que asome una carita diminuta, arrugada, amoratada... Unos ojos cerrados por la rabia que proporciona el llanto al sentirse puteado por la vida nada más nacer, unos minúsculos puños apretados que asoman como si prometiera venganza.

También tu querrías maldecir por tu mala suerte pero, claro, te avergüenzas sólo de pensarlo al comprender que hay otros que están empezando el día, la vida entera, mucho peor que tú.

“¿Quién puede ser capaz de hacer algo así?”, oyes clamar a tu compañero con el bebé en brazos, la manta sucia todavía envolviéndole. Y tú le das la razón, porque hay píldoras del día después, condones para el día de antes, clínicas abortivas, centros de acogida... incluso conventos, llegado el caso. Pero dejarlo en la basura parece el recurso de los desesperados, como los naufragos que arrojan una botella al mar conscientes de que nadie la recogerá jamás.

Tu compañero te pide que por favor hagas algo, que llames al cuartel o a los bomberos o a un hospital o a un servicio de ambulancias, pero que, por lo que más quieras, no te quedes ahí parado como un pasmarote, que ya que la jornada se va a alargar por lo menos hagamos algo de provecho.

Son las siete y cinco y ahora son las luces y el sonido de una sirena los que rompen el silencio de la noche, que ya comienza a dejar de serlo. Algunos vecinos se asoman a las ventanas y balcones, otros ya salen a la calle dispuestos a afrontar un nuevo día de trabajo y se encuentran con la noticia a la puerta de casa. Recuperas tu papel de policía para decirles que todo está bajo control, que aquí no hay nada más que ver, señores, que circulen y dejen que los profesionales se hagan cargo del asunto, que para eso les pagan.

Tu compañero entrega la carga a uno de los médicos que ha bajado de la ambulancia y piensas que ahora sí, que ya podrás volver a casa, a tu café, tu pijama, tu cama. Pero tu compañero explica que no podéis dejar a la criatura así, que mal que te pese os habéis convertido en una especie de padres putativos del bebé. Le respondes que no eres el padre putativo de nadie -aunque no entiendas muy bien eso de “putativo”-, que con una hija real, sin estudios, en paro y que vete tú a saber dónde estará ahora, seguro que todavía de bares, ya tienes bastante. Ante su insistencia, haces de tripas corazón y le sigues al interior del coche. Os situáis delante de la ambulancia con el fin de abrirle paso hasta el hospital. Al fin y al cabo, no serán más que diez minutos -que puedes aprovechar para rellenar mentalmente el preceptivo informe que luego volcarás en un papel en otros diez- y asunto resuelto.

Con tu compañero no hay manera. Llegáis al hospital esquivando el tráfico que ya vuelve a ser generoso tras la tregua nocturna. Allí, el personal ejecuta los

movimientos como si estuvieran repitiendo una coreografía bien ensayada. Tu compañero no pierde detalle de lo que sucede y comienzas a sospechar que no vais a salir de allí hasta que aparezca un médico asegurando que la vida del niño no corre ningún peligro, que las constantes vitales son adecuadas, que, desgraciadamente, cosas así pasan demasiado a menudo.

Y temes que tu compañero quiera permanecer al pie del cañón hasta que aparezcan los chicos de la tele para el reportaje con el que facilitar a los ciudadanos su ración diaria de morbo. Incluso es probable que os pregunten si habéis pensado en algún nombre para la criatura, si no os gustaría llamarle Ángel o Custodio, en honor al patrón de los policías. Tú, si fueras sincero, responderías que te importa una mierda cómo le pongan al niño -aunque ni siquiera te has interesado en conocer su sexo-, que para eso tuvo una madre a pesar de que le durase poco. Y que, en todo caso, el más indicado para elegir un nombre debería ser el agente que te ha impedido regresar a casa con las luces del alba para hacerlo, como mínimo, tres horas después de lo previsto.

Pero cómo vas a decir eso, estarías loco. Lo que los espectadores esperan ver a la hora de comer es a un par de policías sonrientes, a poder ser con el bebé en brazos, que queda más humano, rodeados del personal sanitario, de enfermeras y celadoras que sientan una mezcla de alegría por haber dado una segunda oportunidad al recién nacido y de tristeza, de incredulidad, al ser incapaces de imaginar las razones que pueden llevar a una madre a abandonar a su hijo.

Tus temores se hacen realidad y son las diez y media cuando habéis terminado de atender a los medios, de poner ante las cámaras cara de satisfacción por el deber cumplido, de responder a los inevitables micrófonos que te hacen sentir como un famoso sorprendido en el aeropuerto de turno. Y tú, mientras respondes lo mejor que puedes, preocupado, pues sabes que si te acuestas más tarde de las ocho ya no concillas el sueño, que la parienta empieza con sus faenas domésticas, su hablar a gritos con la vecina a través del patio de luces, las llamadas telefónicas de sus hermanas...

Por fin llega el momento de volver a comisaría. Tu compañero lo hace en plan

héroe, agradeciendo las felicitaciones de vuestros compañeros que ya están informados de lo sucedido desde el punto de la mañana, casi desde la hora en que acababa tu turno. Tu prefieres eludirlos, dirigirte a los vestuarios, sacar de la taquilla la ropa de paisano, guardar el uniforme y la pipa y, Dios lo quiera, volver de una puñetera vez a casa.

Al menos, tu compañero también parece cansado y ha asumido que no es vuestro cometido localizar a la madre, algo de lo que ya se estará encargando la Nacional desde hace un buen rato.

A las once y cuarto llegas finalmente a casa, pensando, cómo no, en el desayuno, el pijama, la cama... Abres la puerta confiando en que la mujer haya salido a hacer la compra y así poder acostarte antes de que regrese. Pero aún no has cerrado cuando comprendes que todavía la jornada parece guardarte otro imprevisto.

Tu mujer se planta frente a ti, te golpea en el pecho con ambos puños, te grita que debes ser el único imbécil en toda la ciudad sin móvil para cuando puedas resultar necesario. Que tú seguro que con los amigos mientras ella recibía la visita de la Policía. De la de verdad, no como tú que no pasaste de ser un guardia urbano de mierda.

Que dónde estaba tu hija, querían saber. Y tu mujer que no la habíais visto en dos días, pero que eso era normal en ella, que os había salido un poco díscola.

Que si no nos habíamos enterado de que estaba preñada, preguntaban las policías, dos mujeres jóvenes. Y ella que de qué estaban hablando, que cómo iba a estar preñada la chiquilla.

Que llamaseis de inmediato si sabíais algo de ella.

Sin saber qué contestar, dejas el café, el pijama, la cama, para más tarde: te guste o no, lo que procede es regresar al hospital, tal vez al final sí tengas que elegir un nombre antes de que le pongan Custodio a la criatura.

Definitivamente, no es tu día.

Pero es que un mal día lo tiene cualquiera, ¿no?

Yogures

Salí de la agencia con la cabeza embotada, después de horas devanándome los sesos con la campaña publicitaria que, al día siguiente, debía presentar a nuestros mejores clientes. Porque, ¿qué virtud nueva no se habrá dicho ya en un anuncio sobre los yogures naturales, biológicos y no sé cuántas cosas más?

El autobús se largó delante de mis narices y sólo entonces fui consciente de que tenía que haber ido al váter antes de dejar la oficina. Miré a mi alrededor buscando un bar en el que dejar mi opinión sobre la campaña de las narices. Nada, todos cerrados, que también el ayuntamiento se ha pasado cuatro pueblos con lo del derecho al sueño de los vecinos...

Veinte metros calle arriba encontré la solución: una especie de cohete metálico de diseño vanguardista me invitaba a penetrar en su interior mediante el reclamo de una luz verde como la de un semáforo. Jamás había utilizado uno de esos ingenios, me daba yuyu la claustrofobia que podría sentir dentro de ese habitáculo hermético, sin ventanas y del que, seguro, no podría salir ni un sonido al exterior; ni un olor, claro. Pero tal como estaban las cosas, no había elección.

Introduje la moneda en la ranura y la puerta se deslizó silenciosa. Entré, la puerta se cerró igual de silenciosa, me senté en el trono y dejé que la naturaleza hiciera el resto. ¡Qué alivio, Dios! Me limpié convenientemente, me subí las bragas, recompuse mi falda y abrí la puerta para salir. Entonces me fijé en que no había tirado de la cadena. Volví a cerrar la puerta. Nunca debí hacerlo.

El proceso de limpieza se puso en marcha. Unos surtidores que no sabía muy bien de dónde venían comenzaron a fumigar sin piedad el diminuto espacio. Chorros de aire caliente como géiseres provenientes del suelo me levantaban las faldas y, en otro momento menos dramático, tal vez me habría sentido como Marilyn, pero en mi cabeza sólo había una idea: escapar como fuera de aquel infierno. Traté de abrir la puerta pero ya se sabe cómo funcionan los

automatismos, que no entienden de situaciones excepcionales. Las faldas me cubrían la cabeza y yo trataba de devolverlas a su lugar con las manos, no hacía más que pensar en mi alergia y lo que aquellos productos con que estaba siendo rociada podían hacer en mi piel, gritaba pero estaba segura de que nadie me iba a oír, el cabello comenzaba a pegarse a la cara...

Dos minutos más tarde todo acabó. La puerta se abrió dócil, como si no tuviera la culpa de nada. Afortunadamente, no había nadie en la calle para contemplar cómo había quedado mi permanente después de pasar por aquella peculiar peluquería. A lo lejos llegaba el autobús. Eché a correr, no hice caso de la sonrisa burlona del conductor y me senté al final del vehículo.

Al día siguiente la presentación de la campaña de los yogures fue un éxito rotundo: el spot lo protagonizaría Coronado y el eslogan les encantó.

“Te limpia por dentro, te limpia por fuera”.

Ya está aquí de nuevo.

Como cada mañana, como cada tarde, como cada noche que nos quedamos solos en casa, Fermín da rienda suelta a sus instintos y empieza a soltar esos asquerosos gemidos con los que se cree que puede excitarme. Supongo que es su manera de manifestar algo parecido a una especie de cariño, aunque yo no puedo dejar de verle como lo que es: un auténtico baboso.

Llevamos así varios años, desde el mismo día que nos conocimos, pero estoy segura de que jamás terminaré de acostumbrarme. Cada día le soporto menos y, si pudiera, hace tiempo que le habría puesto los puntos sobre las íes. Pero así están las cosas y nadie puede cambiarlas por mucho que se empeñe.

Siempre comienza del mismo modo. Yo estoy quieta, a menudo dejando pasar el tiempo sin más, absorta en mis pensamientos; otras veces me sorprende viendo sin ganas la televisión. Pero, en cualquier caso, el proceso siempre es el mismo, que Fermín de original tiene bien poco.

Inicia el acercamiento sigilosamente, pretendiendo mantener la agilidad de cuando era más joven, pero no pudiendo evitar que la torpeza propia de los años quede patente en sus lentos e imprecisos movimientos. A veces se empeña en sacar pecho, y lo único que consigue es un acceso de tos que tarda minutos en desaparecer.

No suele ser demasiado hablador, simplemente se limita a colocarse a mi lado, en ocasiones llega a dar un par de vueltas a mi alrededor, supongo que para verme bien, por delante y por detrás. Tal vez eso le ponga cachondo, a mí no deja de provocarme cierta sensación de repulsa.

Invariablemente termina acercando su cara a la mía, echándome su asqueroso aliento producto de años sin lavarse los dientes como nueve de cada diez odontólogos aconsejan por televisión. Y cuando estoy desprevenida, ¡zas!, ya tengo su mano sobre mi cabeza, en una torpe y brusca caricia que a veces me ha hecho incluso caer al suelo de la sorpresa.

Soba mi cuerpo hasta que se cansa de hacerlo, yo trato de separarme de él pero me resulta imposible, tal vez por su fuerza física –aunque viejo todavía conserva buena parte de su musculatura y no duda en hacer uso de ella– o por el miedo innato que siempre he sentido por los individuos de su especie. Como máximo logro separarme unos centímetros, pero creo que más se debe a sus empujones que a mi escasa capacidad de reacción.

Lo peor llega cuando termina con sus bastas caricias y vuelve al ataque con la boca. Sus besos son torpes, apenas sabe utilizar la lengua del modo correcto y, cuando lo hace, es para lamerme la cara y ponerme perdida de babas. Y cuando termina con la cara, sigue por el cuello, el pecho, la espalda, las piernas, los pies... Una lascivia sin límite, eso es lo que demuestra.

No, por Dios, eso no. Fermín ha terminado de lamer mi cuerpo, levanta la pata trasera y me rocía con un chorro caliente y apestoso. Como cada mañana, como cada tarde, como cada noche que nos quedamos solos en casa.

Y luego hay quien utiliza alegremente la expresión “ver menos que un gato de escayola”. Pues bien, yo soy uno de ellos –gata, para ser más exactos, y de porcelana, que siempre ha habido clases– y si no fuera por eso y por la exquisita educación que recibí de pequeña, hace tiempo que le habría dado un par de leches al guarro de Fermín, que por su edad necesitará una operación de cataratas, pero al menos podía dejarse llevar por su olfato y darse cuenta de que ni el salón es un jardín ni yo soy un árbol.

Máxima rentabilidad

Llevo una hora aquí, en la azotea del edificio, esperando el momento adecuado. De vez en cuando saco el dedo del gatillo para evitar entumecimientos de última hora que puedan dar al traste con la misión. Por nada del mundo tiraría por la borda los seis mil eurazos que me voy a embolsar por un simple tiro en la cabeza del objetivo.

Son las siete en punto, la hora a la que el interfecto debe salir de la inmobiliaria que preside. La puerta de cristal se abre tímidamente. Aparece en primer lugar la cabezota de uno de sus gorilas y mira a derecha e izquierda sin comprender que el castigo va a llegar desde el cielo, lo que hace que me sienta como Dios, todo hay que decirlo. Vía libre, debe pensar el ingenuo mientras indica a su jefe que no hay moros en la costa.

Me seco una gota de sudor y vuelvo a colocar el dedo en su sitio, en esta magnífica herramienta de trabajo que me acompaña desde hace años. El objetivo aparece por fin, gordo y calvo como buen ejecutivo que es.

Afirmo el rifle sobre mi hombro derecho, mi dedo índice acaricia el gatillo, tengo su cabeza en el punto de mira y los seis mil están a punto de ser míos. Mi mujer, que nunca ha entendido cómo con mi sueldo de oficinista me llega para tantos regalos como le hago, por fin tendrá ese anillo que lleva días admirando en el escaparate de una de las mejores joyerías de la ciudad. Mi mujercita, a la que adoro, siempre esperándome en casa con la comida lista sobre la mesa.

¿Mi mujer? ¿Qué coño hace mi mujer un paso por detrás del objetivo? Ya en la acera, planta un beso en los labios a la víctima.

Seis mil euros. Una bala. Dos muertos.

¿Se puede pedir más rentabilidad?

En clave de sol

¿Cómo imaginar que un tendedero iba a ser el único remedio posible a mi aburrimiento crónico? Porque había probado a entretenerme con algún libro y no surtió efecto. La tele me aburre y también las tertulias con los amigos, pues siempre terminamos hablando de algún programa que yo no he visto. El cine no me gusta, y el teatro me parece un engaño que no engaña ni a un niño. Así que siempre termino apoyado en el alféizar de la ventana, mirando a la calle y a la gente que pasa por ella. Eso, cuando no llueve.

Un día soleado me fijé en la vecina de enfrente. Estaba con medio cuerpo fuera de la casa, recogiendo la ropa que había puesto a secar al sol en un tendedero extensible de cinco barras. En cuanto cerró la ventana, varios gorriones se posaron donde antes había prendas de vestir. Indecisos, saltaban sin cesar de una a otra barra. Fue entonces cuando encontré la solución a mi problema.

Rescaté del trastero un órgano electrónico que compré hace años en otro intento por combatir el tedio. Lo monté sobre sus patas metálicas frente a la ventana y comencé a volcar en el teclado los caprichosos saltos que aquellos gorriones daban entre las cinco líneas de aquel pentagrama de aluminio. Desde ese día, las horas muertas se me pasan volando.

De esto hace ya tres semanas y a punto estoy de completar mi Concierto N° 1 en clave de Sol. Siempre que el tiempo no cambie y vuelva la temporada de lluvias, claro.

Nunca cambiaré

Mi sexta víctima de la tarde está, literalmente, pegada a la pared, paralizada por el terror que le provoca haber visto lo que acabo de hacer con sus hermanos. Con ellos no he tenido compasión aunque tampoco he querido ensañarme. Simplemente era su destino, así que tampoco pretendía hacerles sufrir innecesariamente.

Es el más pequeño de todos. Quizás por eso, el más escurridizo y el que más resistencia opone. Lo sujeto por el cuello con firmeza, para que no dude acerca de quién manda aquí. Me mira, incapaz de hablar, pero a su manera me implora que no le haga daño. No le sirve de nada.

El primer golpe le cae en la cabeza sin que tenga tiempo para reaccionar. Apenas tiene fuerzas para gritar cuando le cae el segundo, luego el tercero... Ya puedo soltarle, está claro que no va a volver a moverse y me dedico a rematarle a placer. Cuatro, cinco, seis golpes y la faena esta concluida.

Dicen que no tengo remedio, que jamás seré capaz de reinsertarme en la sociedad, que por mucho que me encierren en la caja de herramientas nunca cambiaré.

Pero, qué quieren que les diga, ya lo cantaba Pedro Navaja: si naciste pa' martillo...